

"La luz resplandece en las tinieblas"

(Juan 1:5)

Reflexiona en el hecho de que existe una Iglesia.

¡Qué maravilloso es esto! Es quizá el mayor milagro de todos los siglos que Dios tenga una Iglesia en el mundo...

¡Siempre una Iglesia!

Cuando toda la fuerza de los emperadores paganos se precipitó como una avalancha atronadora sobre ella, se sacudió de encima la tremenda carga como un hombre se sacude los copos de nieve del abrigo, y siguió viviendo sana y salva. Cuando la Roma papal descargó su malicia aún más furiosa e ingeniosamente; cuando perseguían cruelmente a los santos en medio de los Alpes, o los Valdenses vertían su sangre en los ríos, y teñían de púrpura la nieve, la Iglesia seguía viviendo, y nunca estuvo en mejor salud que cuando estuvo sumergida en su propia sangre.

Cuando después de una reforma parcial en nuestro país, los que pretendían tener religión determinaron que los auténticamente espirituales habían de ser arrojados del mismo, la Iglesia de Dios no durmió ni suspendió su carrera de vida o servicio. Que el pacto firmado con sangre dé testimonio del vigor de los santos perseguidos. Oíd sus salmos en medio de las colinas de Escocia, y su oración en las cámaras secretas de Inglaterra.

Oíd la voz de Cargil y Cameron tronando sobre los montes contra un falso rey y un pueblo apóstata; oíd el testimonio de Bunyan y sus compañeros, que preferían podrirse en las mazmorras a doblar la rodilla a Baal.

Preguntadme: "¿Dónde está la Iglesia?" y podré hallarla en cualquier período y en todo momento, desde el día en que por primera vez, en el Aposento Alto, el Espíritu Santo descendió, hasta ahora. Nuestra sucesión apostólica se presenta en línea ininterrumpida; no a través de la Iglesia de Roma; no en las manos supersticiosas de los papas hechos por el sacerdocio, o de los obispos creados por los reyes (¡cuán disfrazada mentira la sucesión apostólica de los que tan orgullosamente se jactan de ella!), sino a través de la sangre de hombres buenos y genuinos, que nunca abandonaron el testimonio de Jesús; a través de los lomos de pastores auténticos, evangelistas laboriosos, mártires fieles, y hombres de Dios honorables, vamos descubriendo nuestro árbol genealógico hasta llegar a los pescadores de Galilea, y nos gloriamos en que, por la gracia de Dios, perpetuamos aquella Iglesia verdadera y fiel del Dios vivo, en quien Cristo habitó y habitará hasta el hundimiento del mundo. La maravilla más sorprendente es que permanezca en la perfección.

Ni uno solo de los elegidos de Dios ha vuelto atrás; ni uno solo de los comprados con la sangre ha negado la fe. Ni una sola alma de las que fueron llamadas eficazmente puede ser obligada a negar a Cristo, aunque su carne le sea arrancada

de los huesos con tenazas calientes, o que su cuerpo atormentado sea echado a las fauces de las fieras.

Todo lo que el enemigo ha hecho contra la Iglesia ha sido inútil.

La roca antigua ha sido asaltada una y otra vez por las olas tempestuosas, sumergida mil veces en los torrentes y las inundaciones, pero aun sus aristas permanecen inalteradas e inalterables.

Podemos decir del Tabernáculo del Señor, que ni una de sus barras ha sido quitada, y ni una de sus lazadas ha sido rota. La casa del Señor, desde el fundamento hasta el pináculo, sigue perfecta: "Descendió la lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó", no, ni una piedra cayó "porque estaba fundada sobre la roca".

C.H. Spurgeon

"edificaré mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella."
(Mateo 16:18).